

Día de Reyes



HAY efemérides que, aun cuando viviéramos muchos años, siempre podríamos decir algo nuevo de ellas.

De niños veíamos esta fiesta con el encanto y el misterio de lo desconocido. Los Reyes Magos eran para nosotros el más precioso sueño hecho realidad. Los juguetes que encontrábamos en nuestros zapatitos significaban recompensa. Fuimos muy buenos en aquellos días porque nos habían dicho que era imprescindible para que los Reyes nos apuntasen en su «libro de ruta».

La carta dirigida a ellos fué la primera de nuestra vida.

Reyes sin protocolos, que admitiais borrones y faltas de ortografía, llenásteis con vuestra magia toda la tierra. Dios quiso levantaros un trono en el corazón de cada niño porque fuisteis los primeros en llegar, plenos de fe y de amores, a adorar al Niño-Dios.

Siempre pensábamos que obrábais con justicia, aunque interiormente sabíamos que no merecíamos tanto. Ahora hemos oído decir que, o no sois Reyes, o no debéis existir, puesto que tan mal distribuís vuestras dádivas —en lenguaje infantil, juguetes—. Me he sonreído. Sí, sois justicieros. que no hace la cantidad ni la belleza de las cosas la felicidad, sino el amor que se pone en ellas y vosotros amáis igualmente a todos los niños.

Con tanto cariño depositáis la «Mariquita Pérez» al lado de unas lindas botitas de piel, que la pepona hecha en serie en las alpargatitas de un niño humilde. Sólo así se explica el que cada pequeño pueda ser feliz con lo que, al despertar, encuentra sobre sus zapatos.

Vamos a ver si es verdad:

EN CASA DE LOS NIÑOS RICOS

¡Caramba! Pues no parece sino que los Reyes trajeron un camello cargado para vosotros solos!... ¡Qué cantidad de juguetes!... Los niños no saben a cuál acudir. Un tren eléctrico... Una casa de muñecas... Un mecano... bombones, roscos de mazapán...

Los papás contemplan embelesados a sus hijos que de un lado para otro admirando el bazar en que ha quedado convertido el balcón del dormitorio.

